NEW LEFT REVIEW 106

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2017

EDITORIAL

Daniel Finn — Lusoanomalías 7

ENTREVISTA

Catarina Martins — El experimento portugués 37

DEBATE

Nancy Fraser — ¿Una nueva forma de capitalismo? 61

Luc Boltanski y Arnaud Esquerre — Enriquecimiento, beneficio, crítica 71

ARTÍCULOS

Marco D'Eramo — La ciudad no tan eterna 83

Sven Lütticken — Las personas de Hegel 115

CRÍTICA

Wang Chaohua — La primera revolución de China 137

Nikil Saval — El extrañamiento de dos islas 155

Tor Krever — Expertos espectrales 171

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO 25M DEMOCRACIA

tds traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

David Kennedy, *A World of Struggle: How Power, Law and Expertise Shape Global Political Economy*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 2016, 298 pp.

Tor Krever

EXPERTOS ESPECTRALES

«Es terriblemente injusto, sometido a crisis, nada aconsejable en lo que respecta al medio ambiente, acaparado política y económicamente en todas partes por minorías; y, sin embargo, de alguna forma, es imposible que nadie lo altere o escape de él»: este es el mundo que David Kennedy nos presenta en su nuevo libro, *A World of Struggle*. Para entender su estabilidad, argumenta Kennedy, debemos rechazar las explicaciones tradicionales que se centran en el sistema internacional o en la economía global y estudiar, tras estas aparentes estructuras, la labor de los expertos. Cada vez más, la política global y la vida económica no toman forma en los centros visibles donde se adoptan las decisiones políticas, sino en el mundo en la sombra de la gestión técnica. Y este mundo no es un lugar de análisis calmados y de consejos sabios, sino de una despiadada lucha interna y un conflicto incesante. Es también un mundo que permanece en su mayor parte invisible, inmune a la protesta. *A World of Struggle* pretende retirar la cortina que cubre las labores de los expertos, ofreciendo una detallada descripción de las prácticas del conocimiento experto que moldean nuestro mundo.

Kennedy, catedrático de Derecho en Harvard, es conocido como un pensador heterodoxo en el campo del derecho internacional. Sus primeras intervenciones fueron decisivas a la hora de presentar las percepciones y la sensibilidad del movimiento estadounidense Critical Legal Studies (CLS) ante el mundo académico del derecho internacional. Su artículo «Theses about International Law Discourse» (1980) y su libro *International Legal*

Structures (1987) se basaban ambos en la lingüística estructural de Saussure para defender que el caos superficial del discurso del derecho internacional escondía una gramática jurídica profunda. A pesar del carácter aparentemente azaroso de «argumentos cada vez más complicados y difusos», dentro de un campo legal cada vez más fragmentado, el derecho internacional y la argumentación jurídica, en realidad, se estructuran en torno a un eje central de oposición: entre el interés soberano y la norma internacional; el particularismo nacional enfrentado a la participación en una comunidad internacional. Esta tensión queda en evidencia en el nivel más fundamental, el de las fuentes: ¿de dónde procede el derecho internacional y de dónde extrae su autoridad normativa? Que los Estados soberanos están sometidos a reglas internacionales únicamente porque los soberanos han consentido estar sometidos es una afirmación que se deriva de la afirmación de la supremacía del interés nacional. Pero si la ley es indistinguible de los intereses políticos de los Estados soberanos, ¿cómo podemos explicar la idea persistente, compartida por los legisladores estatales, de que deben ser tenidas en cuenta las normas exógenas enraizadas en un consenso social? El derecho internacional limita precisamente ahí donde los Estados no desean ser limitados. Y, en ese caso, ¿de dónde surge esta limitación normativa si no es del interés soberano? Este patrón dialéctico de modos de justificación o de estilos retóricos en conflicto puede manifestarse de maneras diferentes a lo largo de diversas áreas doctrinales –el derecho marítimo, el derecho de guerra o los derechos humanos, por ejemplo–, pero, en último término, refleja una oposición habitual entre la cooperación y la autonomía: una mezcolanza de doctrina jurídica internacional estructurada, de hecho, por los mismos argumentos fundamentales. En estos patrones recurrentes, Kennedy identificaba una gramática jurídica internacional (la *langue*, por emplear el término de Saussure) que, no obstante, coexistía con argumentos sustancialmente abiertos e indeterminados en el nivel superficial de la doctrina (la jerga de los abogados, o *parole*). La contradicción entre soberanía y comunidad, insistía Kennedy, en último término era irresoluble. No había ningún elemento interno en el derecho internacional que pudiera determinar qué grupo de argumentos, que enfatizaban un polo u otro, serían concluyentes. El derecho internacional, concluía el análisis, era «una conversación sin contenido».

No es necesario subrayar más la originalidad del argumento de Kennedy. Pocos académicos antes de él habían tratado de ampliar las percepciones de los Critical Legal Studies al derecho internacional. Kennedy, en esta obra y en las siguientes, amplió el horizonte de la investigación para una nueva generación de académicos que intentaba reconsiderar las premisas fundacionales de la disciplina. En su conjunto, estos «Nuevos enfoques en derecho internacional» compartían el eclecticismo teórico de los Critical Legal Studies:

una mezcolanza de compromisos metodológicos unidos tenuemente por una actitud heterodoxa hacia el derecho internacional y por una adhesión nominal al progresismo político. Mucha de la coherencia que tenían se la debían personalmente a Kennedy y a la institución que él había construido. Aunque Kennedy mismo proclamó en 1998 que los «Nuevos enfoques en derecho internacional» estaban «acabados», su producción intelectual ha seguido siendo iconoclasta. En *The Dark Sides of Virtue* (2004) pretendía minar las certezas de los abogados humanitarios y de derechos humanos. ¿Podría acaso el movimiento de los derechos humanos ser parte del mismo problema que pretende reparar?, se preguntaba, catalogando los «posibles riesgos, costes y consecuencias no previstas del pensamiento y la práctica humanitaria». Los esfuerzos por apuntalar la protección a los refugiados, la promoción del desarrollo económico y la regulación de las conductas bélicas: todos estos casos desvelan un noble impulso humanitario que se ha torcido por el camino, porque premisas no cuestionadas han cegado a los legisladores sobre las consecuencias de sus pretensiones. En *Of War and Law* (2006), contra el telón de fondo de Kosovo, el 11S y la segunda guerra de Iraq, Kennedy señalaba que los portavoces humanitarios y los oficiales militares cada vez compartían más vocabulario. Aunque a primera vista pudiera parecer que están en desacuerdo, ambos eran, de hecho, actores centrales en la formación de un consenso experto que, a su vez, daba forma a la política bélica: «Si nuestra cultura se ha convertido en una cultura de la violencia, es una cultura compartida, el producto de manos humanitarias y militares».

Kennedy ha producido una obra rica y variada. Pero aunque su objeto de estudio se ha desplazado, hay un tema consistente que la atraviesa por completo: el derecho internacional no se imagina en términos convencionales como un conjunto estático de normas, sino como una práctica argumentativa. «Lo importante de una norma no es su pedigrí», escribió en *Of War and Love*, «sino su capacidad de convicción». Debatir la validez de la ley no tiene sentido; lo que realmente importa es «quién apoya la *interpretación* de la ley que de hecho prevalecerá, y ante qué público». Esa comunidad de profesionales que conocemos bajo el nombre de juristas internacionales no se limita a ofrecer sabios consejos sobre lo que la ley permite o requiere. Las distintas articulaciones de la ley en disputa son en sí mismas productoras de la ley y de las relaciones jurídicas tal y como van a acabar moldeando nuestra realidad vivida. En este sentido, el derecho no es en absoluto un caso único, es simplemente un ejemplo de lo que Kennedy, en su último libro, llama la práctica de los expertos. A los expertos les gusta negar su capacidad de acción. Parecen jugar un papel secundario, empleando su conocimiento profesional especializado para aconsejar, interpretar e informar –lo que el bien público exige, lo que requieren las necesidades prácticas de la razón, lo que establecen los hechos científicos–, mientras que las verdaderas decisiones

se toman en otro lugar, en los *loci* del poder: la Casa Blanca, el consejo de administración, el frente de batalla. Una visión así del mundo y del lugar que en él ocupan los expertos es errónea. Eso es lo que defiende Kennedy en *A World of Struggle*. Los expertos no se limitan a hablar al poder desde la razón: la razón es un producto del conocimiento experto; los expertos avanzan y legitiman intereses políticos en términos universales, moldeando y limitando el espacio de decisión mucho antes de que entren en escena los responsables políticos. El objetivo de Kennedy es, por lo tanto, «poner en el mismo marco las prácticas de conocimiento y las prácticas de poder», siendo el conocimiento experto «la encrucijada en la que ambas se cruzan».

A World of Struggle se propone construir un modelo general del funcionamiento de los expertos y del conocimiento experto. En el núcleo de la obra podemos descubrir las piedras angulares de una teoría social de una capacidad mucho mayor, que se basa en una curiosa mezcla de individualismo metodológico y constructivismo social radical. Citando a Hobbes, a Clausewitz y a Schmitt, Kennedy sitúa la lucha en el centro de su modelo. La lucha entre individuos es su norte epistemológico, a partir del cual surgen las derivaciones posteriores. Y, sin embargo, el terreno de lucha no es tanto una guerra por la supervivencia hobbesiana como una topografía abstracta sobre la que la gente persigue «proyectos» egoístas. Es la prosecución de dichos proyectos, más que el deseo de autoconservación, lo que provoca el conflicto. Un proyecto, explica Kennedy, es simplemente «algo que una persona quiera lograr u obtener». No hay una jerarquía de proyectos *a priori*. Uno puede querer convertir a alguien en una víctima o puede querer ser una víctima; mientras que muchos desean el prestigio, otros persiguen la marginalidad, prefiriendo «denunciar al poder antes que ejercerlo». La prosecución de proyectos idiosincráticos e incompatibles coloca a los individuos en conflicto los unos con los otros. Cada lucha tiene consecuencias distributivas: adjudica «recursos, poderes, estatus o virtudes». No se trata de luchas entre iguales. Más bien hay un «estatus de fuerzas preexistente», una distribución desigual de capacidades y destrezas entre los individuos implicados en la lucha. En la metáfora ampliada de Kennedy: «Es útil pensar que la gente llega a la lucha con pequeñas mochilas de privilegios legales y de otros tipos, con poderes y vulnerabilidades». ¿Qué determina la composición de mi mochila? Sus contenidos son también el producto de la lucha: el resultado de acaparar y asegurar ganancias, privando a los adversarios de lo que para ellos es valioso, pero también mejorando la propia posición de partida «para el próximo asalto». En esta versión de las relaciones sociales al estilo de la teoría de juegos, la historia de todas las sociedades que hasta ahora han existido es la historia de los asaltos recurrentes de una pelea entre egoístas que acarrean mochilas.

¿Y qué ocurre entonces con las identidades de grupo o con las solidaridades? Nación, empresa, gobierno, religión son formas institucionales plásticas, su existencia es contingente y depende de las solidaridades tácticas de individuos egoístas que persiguen sus proyectos. «Cuando decimos que las empresas y las naciones y las religiones hacen cosas», escribe Kennedy, «lo que queremos decir es que la gente habla, ejerce la autoridad, reivindica, coopera o lucha unos con otros en su nombre». Aunque la lucha conlleva consecuencias distributivas concretas, Kennedy, no obstante, insiste en que el terreno en el que tiene lugar es el del lenguaje y el de las ideas: «El ejercicio del poder, incluso como fuerza bruta, acontece dentro de un mundo de sentido discursivo». En la prosecución de nuestros proyectos, ejercitamos el conocimiento en tanto que poder. Foucault, no Hobbes, es aquí la mano que nos guía. El poder, insiste Kennedy, «está en todas partes legitimado por las prácticas de conocimiento, que racionalizan, explican, interpretan y que asocian mitos, ideologías y otras ideas generales acerca de los valores y los intereses al ejercicio del poder, a la gente con poder y a las instituciones con poder». De nuestras mochilas sacamos «herramientas de combate»: vocabularios que ofrecen «argumentos e imágenes para interpretar y refutar quién es quién y dónde está, quién puede hacer qué, quién tiene qué autoridad sobre quién y quién puede recurrir a la caballería y con qué fines». Discutimos, nos posicionamos y denunciamos, tratando de convencer a otros de que nuestros objetivos provincianos son, en realidad, asuntos universalmente pactados, que nuestras propuestas políticas son las más eficaces, racionales o deseables. La lucha, en resumen, «se emprende con palabras». Esas palabras, sin duda alguna, pueden llevar implícita una amenaza: el lenguaje jurídico es un modo de articulación especialmente habitual precisamente porque el derecho es «un lugar donde las palabras pueden adquirir la realidad de una coerción». Esa amenaza tácita, sin embargo, es únicamente el resultado distributivo de un conflicto discursivo pasado.

El ejercicio del conocimiento experto crea esos ámbitos sobre los cuales los expertos reivindican tener conocimientos. El economista del Banco Mundial reivindica tener un conocimiento experto de la economía mundial, el académico especialista en relaciones internacionales un conocimiento experto del sistema internacional. Y, sin embargo, esos sistemas, según el análisis de Kennedy, son generados por prácticas discursivas de conocimiento. Esta es la diferencia fundamental entre el enfoque de Kennedy y las explicaciones tradicionales, que consideran que los expertos funcionan dentro de un sistema –la economía global, por ejemplo o el sistema político internacional– «aconsejando a los agentes, interpretando sus poderes y las limitaciones de la estructura, resolviendo disputas». Kennedy, por el contrario, defiende que el conocimiento experto produce los «agentes» y las «estructuras» que pueblan esas explicaciones tradicionales: las estructuras

tipo el «capitalismo global» o el «sistema estatal» y las entidades, como puedan ser los Estados, las grandes empresas, el capital y la mano de obra, son técnicas retóricas, «etiquetas que se adjudican a la gente con una intención concreta». El que supongamos que los asuntos globales implican a naciones interactuando dentro de un sistema internacional o a agentes económicos operando dentro de un mercado global, es resultado del «trabajo cognitivo» de los expertos. Aunque se hayan construido socialmente, con el tiempo estos conceptos se acomodan en el sentido común. Los resultados hipostasiados de las anteriores luchas epistémicas forman el terreno común de la batalla contemporánea.

La teoría de Kennedy es una teoría universal de lucha epistemológica: un marco de referencia general que apuntala todas las relaciones sociales. Los profesionales están especialmente bien situados para convertir en arma su conocimiento experto, para aprovechar los poderes acumulados en sus mochilas –los «reservorios de legitimidad» que lleva aparejado el estatus profesional– en prosecución de sus proyectos. Y, sin embargo, y esto es algo crucial en la argumentación de Kennedy, el conocimiento experto no es un coto exclusivo de los profesionales. No deberíamos hablar de expertos o de conocimiento experto, propone él, sino de un «efecto experto»: la habilidad de convencer a los demás de que se inclinen ante nuestro estatus de experto. Aquí, el conocimiento experto «no es tanto una forma de conocimiento desplegado por actores profesionales como una forma de trabajo con el conocimiento que puede emprender todo tipo de gente en su relación con los demás».

El conocimiento experto es también el terreno en el que tiene lugar la gobernanza global. Esta última se basa en la construcción de problemas seleccionados como *globales* por naturaleza. Para que los problemas trasciendan lo local y se conviertan en temas de preocupación global debemos en primer lugar concebir un solo mundo unificado. Si todo el mundo concibe el mundo como una serie de comunidades delimitadas, provincianas, pocos concluirán que sus problemas requieran soluciones globales. La construcción de un mundo global ha tardado siglos en conseguirse. A principios del siglo XVI, el teólogo y jurista español Francisco de Vitoria, escribía acerca de una humanidad universal, que englobaba no solamente a los europeos sino también a los pueblos indígenas de las Américas. Ellos también eran humanos, sujetos de derecho natural universal. Resultaba que la pertenencia a una comunidad universal incluía tanto derechos como obligaciones, entre ellos una obligación de hospitalidad que jugaba a favor del comercio y del proselitismo europeo. En nuestros días, la imagen *Blue Marble*, capturada por el Apollo 17 en 1972 hizo mucho para producir una concepción de un globo unificado. Esta fotografía translunar, una de las imágenes más reproducidas de la historia, visibilizó, o eso es lo que Kennedy defiende – no se mencionan las guerras mundiales o un movimiento comunista internacional, entre

otros fenómenos históricos a escala mundial– una «verdad profunda», que «nuestro mundo es un solo mundo, que somos una sola humanidad y que el Planeta Tierra es nuestro único hogar». Catástrofe medioambiental, crisis económica, desastres humanitarios: cada uno de estos sucesos puede concebirse como un problema urgente que exige soluciones globales únicamente a partir de que hayamos considerado el mundo en su conjunto. La consolidación de este *donnée* [dato] tenía implicaciones distributivas. A medida que la noción de «un mundo» se convertía en un lugar común, aquellos que perseguían proyectos más locales se iban encontrando en desventaja respecto a los propagandistas de la globalización, los ecologistas y los humanitarios progresistas, «cuyos proyectos podían engancharse a los faldones de la idea de un solo mundo». Esos humanitarios, por ejemplo, describen un mundo de consenso, de humanidad compartida y valores comunes, cuyos pueblos unidos deben ser protegidos contra los forasteros malvados. Esta actitud tiene su vocabulario auxiliar –la «conciencia de la humanidad», «las leyes fundamentales», «la responsabilidad de proteger»– y sus formas institucionales: una «comunidad internacional» que denuncia a los forajidos, que impone sanciones y bombardea para «proteger a los civiles». Cuando la OTAN pretendía deponer a Muamar El Gadafi, la situación en Libia se planteó entonces como una crisis global, un desafío para la ética de una «comunidad internacional» por parte de un «canalla marginal». La intervención militar fue «al mismo tiempo la confirmación y la consecuencia de dicho planteamiento».

El desarrollo de luchas previas entre expertos, las formas establecidas de entender el mundo, conforman el escenario de las decisiones de hoy. Es aquí, en este espacio entre el fondo y el primer plano, donde mandan los expertos. Crean el marco de trabajo para las decisiones desplegando (pero también estrechando, delimitando y oscureciendo) las opciones disponibles ante los líderes políticos, poderes soberanos y elites empresariales: explicando «lo que requieren la historia y los precedentes» y colocándose entre «la observación objetiva de los hechos» y «el ejercicio subjetivo de la prudencia». Esos líderes aparentan tomar decisiones (sus opciones sin duda moldean la distribución del poder y de la riqueza en el mundo) a partir de sus intereses o de sus preferencias ideológicas y, sin embargo, cuando la prudencia y la responsabilidad son los atributos que definen este primer plano, estos agentes descubren que, en realidad, su capacidad de actuar ha sido reemplazada por «la necesidad experimentada de una deferencia hacia las fuerzas y los hechos contextuales». La gente habla de las «fuerzas de la globalización», de las «necesidades del mercado» o «el calentamiento global», apunta Kennedy, «como si fueran hechos que exigen respuestas, más que interpretaciones enraizadas en una decisión humana».

La labor de los expertos, sin embargo, «es una actividad plural y discutida». Derecho, economía, ciencias políticas: cada disciplina y subdisciplina profesional tiene su vocabulario propio para comprender y gestionar el mundo. La economía del desarrollo, por ejemplo, se caracteriza hoy por una pluralidad de teorías: apenas aparece el consenso entre los expertos acerca de lo que es el desarrollo y cómo producirlo este se desintegra rápidamente; las recetas abarcan desde las políticas del Consenso de Washington hasta la industrialización por sustitución de importaciones. El mundo del activismo a favor de los derechos humanos, por el contrario, luce el sello del consenso: «Articulan lo que no necesita articulación. Pueden ser ignorados, pero es mucho menos común que se les contradiga». Los Estados pueden practicar la tortura, pero habrá pocos que afirmen su validez normativa. «Diferentes modos de conocimiento experto –señala Kennedy– compiten por definir y gestionar aspectos de la vida global». Y, sin embargo, «a pesar de todas estas diferencias sobre el papel, estilo y contenido del conocimiento experto», Kennedy encuentra patrones comunes en «el proceso iterativo e interactivo de hacer cosas con palabras». La tendencia estructuralista de *International Legal Structures* claramente aún espolea a Kennedy en su intento de identificar una gramática del conocimiento experto. Ahí radica, quizá, su insistencia en que el conocimiento experto no es meramente «análogo al lenguaje», sino que es primariamente una práctica discursiva; su estudio adopta, por lo tanto, las formas de una semiótica de la argumentación experta.

A los expertos se les incentiva para que desarrollen nuevas teorías, políticas y argumentos. De esta manera, el «armazón del argumento», en cualquier campo dado, se expande continuamente: las percepciones teóricas, procedentes de diversas disciplinas, proliferan, mientras que el sistema del conocimiento experto se vuelve cada vez más sofisticado. Este impulso hacia una mayor sofisticación analítica y hacia la proliferación teórica se acompaña, en el relato de Kennedy, de un sentido del «desencanto» profesional. Paradójicamente, sin embargo, los expertos parecen, no solo no afectados, sino espoleados por la «incertidumbre de su conocimiento experto». Los economistas puede que ya no crean en las teorías del *laissez faire* absoluto, o en la economía planificada, pero no es extraño, escribe Kennedy, ver a esos mismos economistas desplegando dichos argumentos y marcos conceptuales mucho después de que hayan sido «despojados de su rigor analítico y de su capacidad de persuasión». El derecho internacional proporciona el ejemplo más claro de una práctica experta a la vez «sofisticada y desencantada». El auge de la tecnocracia de gestión en los asuntos globales se ha visto acompañada por la expansión de la supremacía de lo jurídico. Sin duda, la emergencia de un régimen de gobernanza global es, en parte, la historia de esa expansión y de la proliferación del lenguaje jurídico como la vulgata de la gobernanza. Kennedy ofrece lo mejor de sí mismo cuando describe la

ubicuidad contemporánea del derecho internacional. Aunque «es fácil pensar en los asuntos internacionales como un mar picado de políticos sobre el que nos hemos apañado para arrojar siquiera una delgada red de normas legales», observa, «en realidad la situación hoy es más bien la contraria. Hay una ley en cada esquina». Un conflicto militar, nos recuerda Kennedy, es hoy un animal completamente jurídico, con «objetivos cuidadosamente delimitados por abogados y con las partes beligerantes legitimando su causa en todos los frentes y denunciando a sus adversarios en términos jurídicos». Lo mismo puede decirse de la vida económica global: el capital, la mano de obra, el crédito, el dinero, la liquidez: todas y cada una son criaturas de la ley. Por todas partes las disposiciones jurídicas conforman la capacidad de negociación de los diferentes grupos y de los diferentes intereses sociales. No resulta una sorpresa, entonces, que el derecho se haya convertido en el vocabulario de argumentación experto por excelencia: en un «lenguaje transnacional de privilegio y disputa». Al mismo tiempo, la ubicuidad del lenguaje jurídico ha generado una escala de modos de razonamiento jurídico en expansión constante, que deja a los abogados «menos seguros que nunca acerca de su firmeza o su claridad». Los juristas profesionales de antaño se adherían a teorías concretas dentro de sus campos: el «naturalismo» o el «positivismo» podían explicar por qué el derecho internacional era vinculante en un mundo compuesto de Estados soberanos. En estos días, nadie es positivista o naturalista. «Un profesional del derecho internacional en la actualidad», sostiene Kennedy, «debería ser un estratega ecléctico y diestro, tomando elementos de todas estas teorías y de su progenie».

El derecho de la guerra muestra el mismo patrón que el resto de subcampos expertos: allí donde una vez parecía haber reglas y distinciones claras, ahora encontramos una mezcla confusa de principios y contraprincipios, de normas firmes y excepciones imprecisas. Las leyes internacionales sobre la guerra no actúan necesariamente para limitar la violencia en el campo de batalla. El discurso jurídico internacional sin duda proporciona un potente vocabulario para articular la ética humanitaria. También sigue siendo la retórica primaria a través de la cual se afirma la legitimidad de la guerra: ¿era *necesario* el uso de la fuerza para un objetivo militar determinado? ¿Eran las pérdidas colaterales de vidas civiles *proporcionales* a dicho objetivo? De manera crucial, no obstante, este lenguaje –sobre los blancos legítimos, sobre el uso proporcionado de la violencia, etcétera– es igualmente eficaz cuando son los expertos militares quienes lo despliegan. Los juristas participan en la maquinaria de guerra moderna: acompañan a las tropas en su despliegue en el frente y son ubicuos en las estancias del Pentágono donde se planifican las operaciones, examinando cuidadosamente todas las maniobras y objetivos. Por cada acusación de pérdidas injustificadas de vidas civiles, los abogados militares se defienden apelando a la proporcionalidad.

Asesinar a civiles, después de todo, es algo perfectamente legal siempre que sea proporcionado y, en lo que se refiere a la proporcionalidad, todo son matices y grises. En cuanto a la guerra jurídica (*lawfare*) –el uso de la ley como arma para fines estratégicos– la derecha estadounidense lleva mucho tiempo lamentándose de que los adversarios empleen principios jurídicos para «maniatar» al ejército estadounidense y quejándose de aquellos que «abusan de nuestros valores para derrotarnos». Sin embargo, Kennedy opina que esta es la quintaesencia del conocimiento experto jurídico: los militares, después de todo, no se comportan de manera diferente en lo que se refiere a la guerra jurídica. Ellos también movilizan el derecho internacional para sus propios fines. Todas las decisiones en lo que a los objetivos militares se refiere, proclaman por igual Washington, Tel Aviv y Moscú, se han tomado de acuerdo con las normas jurídicas.

¿Qué opinión nos merece *A World of Struggle*? Su alcance es impresionante, recogiendo las diversas inquietudes y reflexiones de la extensa carrera de Kennedy y ampliando su análisis más allá del provincialismo del trabajo académico en el campo del derecho internacional. Su estilo es claro, aunque austero, y agradablemente despojado de la jerga ostentosa que suele caracterizar la escritura en estos temas. Sus ejemplos proceden de una gran variedad de disciplinas y campos, aunque con un fuerte sesgo hacia la economía del desarrollo y el derecho internacional, que previsiblemente proporcionan las descripciones más jugosas. Sin embargo, al basarse principalmente en su propio ámbito profesional, Kennedy corre el riesgo de exagerar las continuidades entre un conocimiento experto específicamente jurídico y el conocimiento experto en sí. Las cualidades distintivas de las afirmaciones y argumentaciones del derecho internacional, que describió de manera tan memorable en *International Legal Structures*, corren el peligro de desvanecerse en el disolvente del conocimiento experto abstracto.

Se pueden plantear otras cuestiones. ¿Hasta qué punto es convincente, por ejemplo, la descripción que hace Kennedy de las actitudes de los expertos con respecto a sus propios campos? A los juristas de Harvard, sin duda, se les enseña que la práctica jurídica consiste en navegar por un mar infinito de argumentación, que la manipulación innovadora, incluso cínica, de la doctrina jurídica es sinónimo de talento jurídico. ¿Hasta qué punto, sin embargo, es esto cierto del aprendizaje jurídico en general, especialmente fuera de Norte América? Un número sorprendente de juristas internacionales progresistas conservan una fe ingenua y completamente intacta en sus vacas sagradas. Muchos de ellos, ubicados fuera de Estados Unidos, no conseguirían reconocerse en el retrato que hace Kennedy. ¿Y qué pasa con el resto de los campos? ¿Los economistas de tendencia mayoritaria son realmente tan cínicos en sus descripciones del mundo? Ojala fuera así. Sin duda ninguna, cuanto más se aleja uno de la academia, más comprometidos y

menos desencantados parecen estar los expertos en ejercicio. La cuestión clave, tal vez, sea esta: ¿hasta qué punto pudiera ser que un provincialismo profesional y elitista haya distorsionado las generalizaciones de Kennedy?

Kennedy no es en absoluto el primer estudioso del conocimiento experto y, aún así, esquiva la literatura disponible sobre el tema. De hecho, aparte de una discusión sobre el pensamiento económico de Ricardo y Myrdal y la antes mencionada invocación banal a Hobbes, Clausewitz y Schmitt, apenas se produce intercambio alguno consistente con otros intelectuales destacados. Ante la ausencia de bibliografía, un puñado de notas proporcionan las únicas pistas sobre las influencias teóricas que pudieran haber conformado el estudio de Kennedy. Muchas de estas son peculiares: a Immanuel Wallerstein se le cita como alguien significativo, pero la suma total de su influencia parece ser el reconocimiento de la relación entre un centro y una periferia. Kennedy se deshace inmediatamente de la noción de sistema-mundo, por no hablar de la de un sistema-mundo capitalista, e imagina la «situación global» simplemente como una «especie de dualismo» que flota libremente. La influencia de Saussure –tan evidente en *International Legal Structures*– claramente sigue estando ahí, pero la inspiración más patente en *A World of Struggle* es el constructivismo social radical de finales del siglo XX, en especial, la sociología posestructuralista de la ciencia y la tecnología, con su atención en la «dimensión performativa de la práctica experta: el trabajo experto constituye el espacio de su propio conocimiento experto». Kennedy reconoce su deuda con este trabajo sociológico, citando la colección de Donald MacKenzie, Fabián Muniesa y Lucia Siu, *Do Economist Make Markets? On the Performativity of Economics* y vinculando su pensamiento con la teoría del actor-red de Bruno Latour y Michel Callon. A Kennedy le atrae especialmente el argumento de Callon y MacKenzie sobre la performatividad de la economía: su propuesta principal –que los economistas no se limitan a describir la economía sino que la producen de manera activa– ofrece un ejemplo supremo de un conocimiento experto en plena faena. Citando *Laws of the Market*, de Callon, Kennedy escribe que «los economistas no se limitan a estudiar los mercados, los "fabrican" articulando lo que son los mercados y cómo funcionan». En las páginas siguientes, no obstante, cualquier distinción entre la fabricación de los mercados y la producción de significado acerca de los mismos –o entre la disciplina de la economía y la economía material– se elide dentro de la tendencia de Kennedy a infravalorar la sociología de las finanzas. De hecho, el pensamiento de Callon permea la epistemología de *A World of Struggle*: su insistencia en que «el capitalismo es una invención de los anticapitalistas» y el rechazo de la escala macro anticipan los *leitmotiv* de *A World of Struggle*, que muestra un escepticismo similar ante las explicaciones a escala macro. Por lo tanto, el ultranominalismo y la elisión de las preocupaciones materiales marcan la elección de

una herencia por parte de Kennedy. Si Kennedy reconoce esa tensión entre las premisas de su proyecto –un rechazo de lo estructural y de lo sistemático como legítimos objetos de análisis– y su ambición –describir un sistema de gramática universal que estructure todos los debates sobre las pretensiones del conocimiento–, no encontramos aquí ninguna pista de dicha conciencia.

Esas premisas también imposibilitan cualquier compromiso histórico decisivo. Kennedy escoge ejemplos de un amplio panorama histórico, que cubre desde los escolásticos españoles hasta la actualidad, pero su teoría sigue siendo fundamentalmente ahistórica. Su negación de las fuerzas sistémicas y la insistencia concomitante en la contingencia de la lucha hace imposible cualquier explicación histórica, dejando únicamente, por decirlo con las palabras de Nancy Fraser, la «propiedad transhistórica abstracta del lenguaje». ¿Cómo y por qué esta gobernanza tecnocrática ha asumido una posición rectora en la gobernanza global?, se pregunta el lector. Kennedy no puede aportar ninguna explicación de la emergencia histórica de esta división del trabajo ni de su importancia histórica mundial. Según nos cuenta él mismo, el conocimiento experto no siempre fue ese ámbito desencantado de profesionales cínicos y estrategas. Entonces, ¿por qué lo es ahora? Si en el siglo XVI Vitoria ya estaba haciendo una labor de conocimiento al estilo de los expertos, ¿qué justifica la explosión del conocimiento experto como el modo dominante de gobernanza en los siglos siguientes? Marx, por supuesto, aportó algunas ideas acerca de estas cuestiones, señalándonos las estructuras precisas que enseguida Kennedy va a desdeñar: modos de producción reproducidos en formaciones sociales y a las que «corresponden determinadas formas de pensamiento social». No es una mera contingencia que los teólogos fueran antaño los principales líderes de su tiempo o que su argumentación ya no tenga el peso que tuvo entonces, ni que en nuestra propia época, en la que prevalecen los intereses materiales, sean los abogados y economistas quienes los han reemplazado como ejemplos supremos del conocimiento experto. «La Edad Media no podía vivir de catolicismo, ni el mundo antiguo de política», señaló Marx. Ni el mundo moderno puede vivir de leyes, podríamos añadir. Hace casi un siglo, el jurista soviético Evgeni Pashukanis demostraba que, si queremos entender la especificidad histórica de las relaciones jurídicas, no podemos prescindir del capitalismo como si nada. Únicamente con abstracciones transhistóricas en su mochila, Kennedy parece emparentarse en cierto modo con Don Quijote que, en las ingeniosas palabras de Marx, «hace mucho tiempo sufrió las consecuencias de imaginarse equivocadamente que la caballería andante era compatible con todas las formas económicas de la sociedad». Si los expertos trabajan sobre un tapiz de ideas sedimentadas, ¿dónde se han originado esas ideas sedimentadas? ¿Cómo se solidifican los tópicos de la lucha entre expertos para convertirse así en el sentido común de base? Dada la creencia de Kennedy

en la contingencia, él no puede aportar muchas ideas sobre cómo y por qué nuestros marcos de referencia conceptuales y las consiguientes premisas del sentido común cambian a lo largo del tiempo. Concebir los desplazamientos epistémicos como ocurrencias indeterminadas y contingentes hace que la explicación histórica de las dinámicas del conocimiento experto –todo este proceso de lucha y sedimentación– sea básicamente imposible. Todo lo que Kennedy puede ofrecer como respuesta a estas preguntas son ocurrencias fractales del mismo juego abstracto: lucha discursiva de cabo a rabo.

Sin embargo, a pesar de persistir en el ámbito lingüístico, Kennedy no niega por completo la existencia de un mundo real extradiscursivo. Cuando intenta entender por qué algunos argumentos expertos llegan a aceptarse como hechos escribe: «Es fácil subestimar el papel de la coerción o de la hegemonía social, sobrestimar el papel de la persuasión o imaginarse esta como un asunto de buenos argumentos que vencen a los malos. En todos los campos, las relaciones con el mundo material de la fuerza y el mundo social del prestigio y la legitimidad serán diferentes». Él ve perfectamente las consecuencias reales del dominio de los expertos. La riqueza, el estatus, las oportunidades: estas son las cuestiones distributivas que están en juego y que a Kennedy, desde la primera página de su libro, le preocupan profundamente. Es posible que la labor de distribución se haga en el ámbito del discurso, pero, no obstante, produce resultados y cambios concretos en las circunstancias materiales. Aún así, Kennedy es reacio a considerar que lo contrario pudiera ser también cierto: que las fuerzas materiales presentes en el mundo real puedan determinar el poder relativo de los distintos discursos. La relación entre el mundo discursivo en el que los expertos argumentan y el mundo real acerca del cual dichos expertos argumentan y moldean queda, pues, necesariamente medio escondida a la vista.

Una ambigüedad así ya era patente en las primeras y seminales intervenciones de Kennedy, en las que el derecho internacional se describía como una serie de argumentos oscilantes pero en último término indeterminados. Su pensamiento estaba muy influido por las tesis sobre la indeterminación que aportó la generación anterior de juristas críticos, especialmente por Duncan Kennedy (sin relación de parentesco). Contra una visión marxista de la doctrina jurídica como el producto y la sirviente de los intereses de la clase dominante, el primer Kennedy argumentaba que la doctrina jurídica lleva impreso el sello, no del sesgo de clase, sino de la indeterminación radical. En la era moderna, la doctrina jurídica sobre la libertad contractual, por ejemplo, sirve a los intereses del capital, pero no porque la doctrina esté inherentemente a favor del capital, sino porque los intereses capitalistas abusan de lo que, en su origen, es una doctrina no fija y una que podría, mediante la lucha, ser reconfigurada para favorecer los intereses opuestos. Así, pues, la libertad de contrato está abierta a su apropiación por parte del

movimiento obrero. Que no se haya producido una apropiación así no es el resultado de ninguna lógica inherente a la doctrina, sino a un sistema externo de relaciones de poder. Indeterminación no es lo mismo que arbitrariedad. Aunque las conclusiones legales no fluyen en un sentido predecible a partir de las doctrinas jurídicas, las relaciones de poder en una coyuntura particular moldean, sin embargo, sistemáticamente los resultados de las disputas jurídicas. Aunque el joven Kennedy se mostró partidario de la indeterminación estructural no convertía el derecho internacional en un «batiburrillo anárquico en el que todo vale», tampoco trató de dilucidar con ningún detalle las maneras, a menudo predecibles, en las que se resolvía la indeterminación del discurso jurídico. En *International Legal Structures*, Kennedy profesaba desinterés en «la relación entre los materiales jurídicos internacionales y su entorno político e interpretativo». «No me preocupa el contexto en el que se fabrican los argumentos y se desarrollan las doctrinas». El contexto era irrelevante para el proyecto de una lectura estructuralista del derecho internacional.

En *A World of Struggle*, Kennedy se enfrenta al mismo dilema, ahora extrapolado desde el argumento del derecho internacional al argumento experto en general. Aquí concede que «sigue siendo difícil explicar por qué algunos argumentos triunfan o persuaden mientras que otros fracasan, cuando el vocabulario se ha vuelto tan plástico. Es difícil no concluir –o al menos no sospechar– que hay «algo más» en juego. De hecho, otros intelectuales que trabajan dentro de la tradición marxista, como pueden ser Robert Knox o China Miéville, han aportado explicaciones perspicaces de ese «algo más»: de los sesgos estructurales que reproducen el predominio de algunas interpretaciones y argumentos legales internacionales por encima de otros, arrojando luz de esta manera sobre lo que Susan Marks llamó, en una expresión memorable, la «falsa contingencia» del derecho internacional. Más allá de los confines de la disciplina y de la erudición académica jurídica, toda una tradición de crítica de la ideología, a partir de Marx y vía Gramsci y la primera Escuela de Frankfurt, ha catalogado la relación entre lo material y lo lingüístico, entre la lógica sistémica del capitalismo y las formas ideológicas que produce. Y, sin embargo, para Kennedy, siempre alérgico a las lógicas sistémicas, ese «algo más» sigue siendo algo escurridizo que rápidamente es expulsado fuera de la vista, no vaya a ser que desestabilice los cimientos discursivos de la arquitectura analítica de *A World of Struggle*.

El libro de Kennedy, no obstante, es valioso a la hora de tratar de despertar «una sospecha crítica» acerca de los expertos y de sus prácticas. El conocimiento experto esconde su propia naturaleza, naturalizando el orden establecido y desplazando la responsabilidad. «Preguntarse cómo surge la hegemonía», escribe Kennedy, es ya «participar en su erosión». Sin embargo, en opinión de Kennedy, es casi imposible para nosotros desligarnos de la

hegemonía del conocimiento experto. Ya no sabemos cómo desafiar las prácticas de los expertos y las desigualdades que perpetúan sin recurrir a la jerga del conocimiento experto. «Los que están dentro y los que están fuera», escribe, «hablan el mismo lenguaje», interpretando «papeles opuestos» en el teatro de los asuntos internacionales, donde «el conocimiento experto es la divisa del reino». No hay escapatoria de ese teatro de lucha discursiva en el cual el conocimiento experto ostenta la primacía epistémica. Y, sin embargo, no falta la esperanza, nos asegura Kennedy. En las mismas operaciones del dominio de los expertos residen las posibilidades de un futuro alternativo. Cuando dos expertos compiten exponiendo sus argumentos, uno debe ganar y el otro rendirse. En ese momento de la rendición, cuando se abandona la postura de uno por la del otro, el experto se encuentra desembarazado del «argumento técnico, interés o compromiso ideológico que parecía forzar y justificar su postura». De repente se confronta con una elección: un «momento de vértigo y de libertad profesional». «En ese momento», propone Kennedy, con esperanza pero de manera enigmática, «podemos avistar una alternativa al dominio de los expertos: el dominio de la gente que decide con responsabilidad en un momento de no conocimiento».

¿Nuestro horizonte político deberá limitarse a atisbos momentáneos de otro mundo dentro de un mundo existente de expertos vertiginosos y legisladores responsables? ¿Son, en realidad, todos los vocabularios y los movimientos de oposición únicamente intentos de mimetizar a los expertos? ¿O podría ser que el claustrofóbico teatro del conocimiento experto que presenta Kennedy refleje su estrecho compromiso con un mundo de pensamiento limitado? A pesar de todas las invocaciones del autor a la «economía política», no se compromete con la tradición que portaba ese nombre y que se desarrolló como una alternativa radical a las ortodoxias de la economía neoclásica. En lugar de ello, el libro parece leerse a veces como las memorias de reuniones con la elite dominante: «Mi primer año en Davos... »; «Cené hace un par de años con un destacado político europeo...»; «Un embajador alemán jubilado me invitó a su casa de Berlín para cenar con un abanico de destacados políticos...»; «Pasé algún tiempo en el gabinete de un comisario de la Unión Europea...»; «Cuando entrené a mandos militares de la Armada estadounidense en África...». Excepto por una visita a Occupy Wall Street, *A World of Struggle* se mantiene a una altiva distancia de cualquier política radical.

No obstante, puede ser instructivo tomar a Kennedy al pie de la letra. Ninguna descripción, señala, es neutral; todas portan su valencia política. Kennedy es, por supuesto, un experto él mismo y aunque su propia historia del mundo se presenta como un retrato neutral y desapasionado *del* conocimiento experto es, a la vez, un ejercicio *en* el ámbito del conocimiento experto: un argumento que se juega su propia distribución. Podríamos preguntarnos a qué intereses sirve esta descripción del mundo en la que las

concentraciones de poder en la economía global son meramente contingentes, no el producto de ninguna lógica sistémica; donde el capital global es una ficción, la resistencia es fútil, incluso contraproducente, y la política de oposición y las formas tradicionales de organización son unas inservibles reliquias del pasado. *A World of Struggle* es un importante correctivo ante las loas a la gestión tecnocrática, pues desnuda las maneras en las que el conocimiento experto moderno nos anima a confundir lo presente con lo posible. Pero, ¿podría ser que la apología del capitalismo de Kennedy tuviera como efecto un borrado ideológico tan políticamente debilitador como cualquier otro argumento experto?

Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

Para España

Suscripción anual *(6 números)*

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Para Europa

Suscripción anual *(6 números)*

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Resto del mundo*

Suscripción anual *(6 números)*

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:
http://traficantes.net/nlr/suscripcion
Para cualquier duda podéis escribirnos a nlr_suscripciones@traficantes.net